

De actualidad

Desquite suicida



Dejemos el suicidio de Cánovas del Castillo—porque lo fué; fué un suicidio—y vengamos a otros posteriores en nuestra historia. Suicidio fué en rigor el del pobre Villaamil en aguas de Santiago de Cuba, en 1898. Sacrificaron aquellos españoles su vida, y la sacrificaron inútilmente, no a un interés de patria, sino a un interés de patrimonio. Lo dijo muy clara y briosamente Salmerón en el Parlamento tan odiado y execrado por los accionistas del patriotismo. También fué suicidio el del pobre Canalejas, el que fué a Marruecos en 1911, cuando se pensaba en la aventura de Portugal, cuando se soñaba en el Vice-Imperio Ibérico—hoy ya ex futuro—como compensación de las pérdidas del 98. Y suicidio fué la muerte del pobre Dato, un mártir sin fé que cayó víctima de procedimientos de lucha de que execraba. Y es que nada hay más suicida que el plegarse a servir causas en cuya utilidad no se cree y menos en su justicia. Ni eso que se llama lealtad es patriotismo.

Esos hombres se dejaron suicidar pero a la vez contribuían al suicidio del Reino de España. Y todo suicidio es un acto de locura, o crónica o aguda. Y entre las locuras no hay locura mayor que la del desquite.

Dicen de uno de los actuales ministros de la Corona que formando parte de otro Gabinete "amenazó" una vez a sus compañeros de Consejo con que se suicidaría si no se le autorizaba a tomar ciertas medidas, y, de entonces debe de datar el diagnóstico que respecto a él se formó uno de los que se lo oyeron y su más rudo contradictor después. Pero este ex candidato al suicidio se reserva acaso para ayudar a bien suicidarse a otros. Hay que reconstituir al Reino y reconstituirlo sin Constitución.

Los que hemos sido llamados la generación del 98, los de la rebeldía de entonces, recordamos muy bien cual era el triste pretexto que en me-

dio del acorchamiento del espíritu—o mejor, materia—público aducían los directores de la opinión política para no exigir la liquidación del desastre. Los de Meco—recuérdese la frase terrible e impía de Montero Ríos—decían en 1898 que sólo faltaban cuatro años para entrar en una nueva era de la historia nacional, que se inauguraría un nuevo período.

Pero el período que en 1902 se inauguró, el del ex futuro Vice-Imperio Ibérico, el de Canalejas el Africano—el mismo Canalejas que había coqueteado con el general Polavieja y el arzobispo Cascajares para formar un partido católico-democrático-militarista (!!!) y domesticar al viejo carlismo—ese período resultó no ser sino continuación del anterior, el del desastre, el del suicidio. Y era natural porque había salido de él y sin ninguna originalidad.

Podemos decir más y es que continuaba el período que se abrió a fines de 1885, el del suicidio. Y seguimos en él. Desde 1902 no han cambiado las cosas sino para empeorar. La vesania del desquite está descivilizando a España. Porque España se desciviliza. Y cuando España se desciviliza hay españoles—¿¿¿españoles???—que hablan de que vayamos a civilizar fuera. Sí, como Gonzalo Pizarro estuvo civilizando el Perú hasta que fué Gasca—un clérigo—a establecer el orden.

¡Qué pena nos ha dado el pobre señor marqués de Lema, secretario del despacho ordinario de Estado, al verte que no podía responder adecuadamente a los ataques carambolísticos del conde de Romanones! El marqués podía contestar, pero no responder; su lealtad se lo vedaba. Y así cuando el conde le decía que España se encuentra más aislada que lo ha estado nunca, sin inspirar confianza a ningún país de Europa, el

marqués le pedía que señalase con ejemplos concretos el fundamento de esa afirmación. Y es que el marqués sabía que al conde le impediría señalarlos lo mismo que a él, al marqués le impide responder cuando contesta. Y es que conde y marqués son, en ciertos respectos, irresponsables. Se les ha pegado con el roce la irresponsabilidad ajena.

ña más aislada que lo ha estado nunca, sin inspirar confianza a ningún país de Europa, el marqués le pedía que señalase con ejemplos concretos el fundamento de esa afirmación. Y es que el marqués sabía que al conde le impediría señalarlos lo mismo que a él, al marqués, le impide responder cuando contesta. Y es que conde y Marqués son en ciertos respectos irresponsables. Se les ha pegado con el roce de irresponsabilidad ajena.

Y en tanto sigue el suicidio, que sigan entonando su cantata los accionistas del patriotismo y los del desquite y que sigan maniobrando los de la Camarilla. Atañadero a la cual no hay que echar en saco roto que la palabra "camarilla", que del castellano ha pasado a otras lenguas de Europa y no sabemos si de Africa, es en nuestro lenguaje sustantivo femenino y no adjetivo masculino.

Los suicidios de que hablamos arriba, muchos otros que se han seguido a ellos, fueron — excepto el de Villaamil que tuvo la suerte de morir ahogado—suicidios con derrame de sangre. Y aquí entra en su función la Cruz Roja. La Cruz Roja es una nobilísima institución que ya que no pueda impedir la vesania de los desquites suicidas enjuga cuanto pueda su sangre. ¡Bendita sea!

MIGUEL DE UNAMUNO

